

**GARGAMUVA
Y TUA
PANTAGRUEL**

F. Rabelais

versión escénica:
M. Criado de Val

GARGANTÚA Y PANTAGRUEL

F. Rabelais.

Escelicer, 1973.

Adaptación Escénica de Manuel Criado de Val.

PRESENTACIÓN

Esta versión escénica de GARGANTÚA y PANTAGRUEL ha sido pensada para el Teatro medieval de Hita; destinada a formar un conjunto final con el Triunfo de Don Carnal y Don Amor, que tradicionalmente revive el espíritu del Arcipreste entre los bodegos y las ruinas del cerro de Hita. Después del Paso Honroso, de los bohordos, de las cañas y de las justas caballerescas; en unión bien hermanada con los "fygados de cabrón con ruybarbo", las migas y los asados castellanos, esta apoteosis del más crudo realismo medieval "a la francesa" me parecía un obligado homenaje filial, un justo tributo a quien es el máximo aunque tardío discípulo del Arcipreste. (No importa saber si lo fue directa o indirectamente.)

LA Edad Media no desapareció con la llegada del Renacimiento y, por fortuna, sigue viva y esperanzadora con sus eternos dilemas entre el Espíritu y la Carne junto a nosotros. No nos puede extrañar el que países tan firmemente medievales como son Francia y España se imiten o coincidan, una y mil veces a lo largo de su vida. Además, ¿quién sabe los caminos enrevesadas que sigue la creación literaria?

En las piedras de Hita resonarán los plantos y las alegrías de Gargantúa sin apenas disonar de las burlas de Don Carnal y los lamentos por la muerte de Trotaconventos. Muy poco tiene que aprender el ribaldo romano del Arcipreste del sabihondo clérigo inglés Taumasta en la disputa por señas, ni Don Melón se da peor maña que Panurgo en la conquista de las damas, sean de París o de Calatayud.

Al final de la escena bien está que bailen juntos Pantagruel y Don Amor. Panurgo y Don Melón, Doña Endrina y la Dama de París en torno a la alegre Botella; pertenecen a una misma familia, nacida en La vieja Roma, bien criada en la Toledo cristiano-islámica y no mal mantenida junto a las abadías benedictinas del Loira.

MANUEL CRIADO DE VAL

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

JUGLAR

COMADRE 1.^a

COMADRE 2.^a

GARGANTÚA

COMADRE 3.^a

PAJE (SIN VOZ)

COMENSAL 1.º

COMENSAL 2.º

PANTAGRUEL

HERMANO JOAN

EPISTEMÓN

CARPALIN

PANURGO

TAUMASTA

DAMA DE PARÍS

JUEZ BRIDUÉ

TRIBULETE

DÍNDENOL

MERCADER

GRAN LINTERNA

PONTÍFICE BABUC

(Séquito de GARGANTÚA, linternas, perros, careros y gente de la calle.)

ACTO PRIMERO

Gran sala o plaza. En el lateral derecho, una enorme mesa de madera con banquetas, jarras de vino y agua, fuentes, frutas, pellejos y toneles, un gran sillón en la esquina; todo muy aparatoso. En el lateral izquierdo, junto a la puerta del bodega, bajo la muralla, hay una especie de mesa-altar, con una gran botella. Desde la fuente de la plaza al árbol, que hay en el centro del escenario, cruzan unas parras, formando un arco, con racimos colgando. El vestuario, entre medieval y renacentista, tiene muchos detalles fantásticos y arbitrarios. La referencia a un país y a una época no es concreta: es el mundo de la Quimera el que domina. Los personajes, desmesurados y en apariencia sobrehumanos, descienden progresivamente al nivel más llano y popular.

ESCENA PRIMERA

(Hay una breve introducción musical. Al final aparece el JUGLAR, que figura el autor, en una entrada muy rápida. Baja por la cuesta hacia el centro del escenario, muy próximo al público. Lleva una jarra de vino. Se dirige a los espectadores.)

JUGLAR.—Ilustrísimos bebedores, gloriosos discípulos de mi insigne maestro, el Arcipreste. A todos vosotros dedico los frutos de mi ingenio. *(Hace una reverencia y sigue.)* Allá en la antigüedad, los boticarios decoraban con figuras alegres los tarros de sus boticas, donde guardaban las drogras más finas, el ámbar, el almizcle y el incienso. *(Pausa)* El que hubiera conocido al filósofo Sócrates, y viera su apariencia, no hubiera dado por él ni una mala cabeza de estos ajos de la tierra. Era pálido, de nariz puntiaguda, la cara de loco, rústico en su vestir, desdichado con las mujeres, siempre riendo y bebiendo en compañía de cualquiera, siempre burlándose y disimulando su divino saber. Pero si hubiera podido abrirse la caja maravillosa de su pensamiento se hubiera encontrado un entendimiento sobrehumano, un valor invencible, sobriedad y equilibrio; el desprecio hacia todo lo que los humanos tanto trabajan por lograr. *(Bebe)* ¿Que a qué conduce este preludio, me diréis? A que vosotros, mis buenos discípulos, al oír las aventuras del Rey Gargantúa y de su hijo Pantagruel, no debéis juzgar que se trata sólo de burlas, locuras y mentiras alegres, para ser objeto de irrisión y de guasa. Pues no conviene juzgar con ligereza las cosas humanas. Ya lo dice el maestro: el hábito no hace al monje y los hay vestidos con hábito monacal que tienen de todo menos de monjes, como los hay que van envueltos en capa española, y lo que menos recuerdan es a España, *(Pausa.)* Hay que saber lo que hay dentro de las obras, y entonces

veréis que lo que vais a oír no son locuras, como anuncia el título. Cierto que encontraréis aventuras alegres, pero no os detengáis en ellas, buscad otras cosas ocultas (*Cambia el tono*) ¿Descorchasteis alguna vez una botella? ¿Sí, verdad? Ya sé que sois buenos bebedores. Pero seguro que no os acordáis de lo que entonces hicisteis. ¿No os habéis fijado en el perro que acaba de encontrar un hueso, cómo busca el tuétano que lleva dentro, con qué cariño lo muerde y lo lame? No es más que un poco de médula, pero es cosa exquisita. Como lo son las hermosas lecciones que os voy a dar. (*Bebe.*) Al componerlas no he perdido otro tiempo que el que estuve sentado en mi mesa comiendo y bebiendo. Esta es la mejor hora para escribir las cosas profundas. El olor del vino, sobre todo si es fresco, es mucho mejor que el del aceite. Para mí es un honor y una gloria el ser reputado buen bebedor y buen compañero, y ser bien recibido en todas las compañías pantagruélicas. Ahora ya lo sabéis, queridos discípulos; divertíos, reíd alegremente, satisfaced vuestro cuerpo y dad provecho a vuestros riñones. Pero evitad, cara de asnos, que el muermo os ataque, y si queréis beber venid a mí, que yo os invito desde ahora mismo.

(Bebe y se retira corriendo, corriendo por el foro. Al fondo de la escena se ha iluminado un lateral en el que BADEBEC está dando a luz a PANTAGRUEL. En un techo está tendida BADEBEC a la que atienden tres COMADRES. GARGANTÚA, vestido con un traje blanco y azul, de larga cola, con corona y un rico collar en el pecho, pasea nervioso por el centro de la escena. Se oyen al fondo los gritos de BADEBEC. Viene hacia GARGANTÚA una de las COMADRES, con las manos en la cabeza.)

COMADRE 1.^a— ¡Señor, señor! 68 arrieros, agarrados cada uno a la cola de un mulo cargado de sal, ha parido vuestra mujer Badebec. Y nueve dromedarios cargados de jamón y lenguas de vaca ahumadas. Y siete camellos cargados de anguiletas. Y veinticinco carretas cargadas de puerros, cebollas y cebolletas. ¡Señor, señor! ¿Cómo es posible?

GARGANTÚA. (*Riendo, muy satisfecho.*)—He aquí una buena provisión, Con esto ya no tendremos preocupación para el agua en todo el año. Eso es buen signo, ya que todas esas cosas son agujones para el vino.

(Viene otra COMADRE corriendo.)

COMADRE 2.^a— ¡Mi señor Gargantúa; vuestro hijo Pantagruel, acaba de nacer y tiene todo el cuerpo cubierto de pelo como un oso!

GARGANTÚA.— ¡Bendito sea Dios! Señal es de que hará pronto cosas maravillosas, y de que; si vive, tendrá su leyenda.

(Se oyen al fondo los lamentos de BADEBEC dando a luz. Suena un grito mrtu fuerte, mientras viene despavorida la tercera COMADRE.)

COMADRE 3.^a— ¡Ay, mi señor Gargantúa! ¡Ay. qué gran desgracia! Badebec, vuestra mujer, ha muerto. (*Cambia el tono de voz.*) Pero vuestro hijo, Pantagruel, está vivo y es tan hermoso y tan grande que no sabría ni qué decir ni con qué compararlo.

GARGANTÚA. (*Levantando las manos al cielo.*)— ¡Qué haré, Dios mío!, ¿lloraré?, ¡sí!. pues mi mujer ha muerto. ¡La mejor que había en el mundo! Ya jamás la veré, jamás encontraré una como ella. Es para mí una pérdida irreparable. ¡Dios mío!, ¿por qué me castigas así?, ¿por qué no me enviaste a mí primero a la muerte que a ella? Vivir sin ella no ha de ser nada mas que languidecer y morir. Badebec. querida mía, mi conejito. mi zapatito,. jamás te veré. ¡Ay!, mi pobre Pantagruel. Has perdido a tu buena madre, a tu dulce nodriza. ¡Ay. falsa muerte!, eres maligna y me robas una vida que me pertenecía de derecho (*Llora GARGANTÚA mientras las COMADRES van amortajando a BADEBEC. De repente se levanta GARGANTÚA muy alegre y sigue hablando, en una brusca transición de tono.*) ¡Mi hijo, hijito mío, Pantagruel, mi piececito! (*Dirigiéndose hacia el fondo de la escena.*) Tú serás alegre y risueño. ¡Ay qué contento estoy! (*Dirigiéndose a todos los demás.*) ¡Bebamos, bebamos, dejemos la melancolía! Escanciad el mejor vino de todos, llenad los vasos y dadme esa jarra. ¡Fuera esos perros malditos! Tú, holgazán, aviva el fuego y enciende la luz, corta esas sopas y atiende a esos pobres, dales todo lo que pidan. Y tú, trae mi ropa para ponerme el mejor jubón, que quiero festejar bien a las comadres. (*Se oye al fondo la letanía y los cantos fúnebres de las COMADRES. Empieza el cortejo de BADEBEC. Se dirige GARGANTÚA hacia él*) ¡Señor Dios! ¿Es necesario que me contriste todavía? Todo esto me entristece. Ya no soy joven, voy para viejo y este tiempo es muy peligroso y frío; podría coger unas fiebres ahora que estoy acalorado. A fe de gentilhomme que es mejor llorar menos y beber mas. (*Bebe*) Mi mujer ha muerto y por Dios que no be de resucitarla con mis lloros. Ella estará bien en el Paraíso. Por lo menos, si no está mejor rogará a Dios por nosotros, será feliz y no sufrirá nuestras calamidades y miserias. ¡Que Dios guarde a los muertos! (*Se persigna.*) Pero a mí me es necesario pensar ahora en dónde encontraré otra mujer semejante. (*Dirigiéndose a las COMADRES.*) He aquí lo que haréis, comadres, y vosotras también, buenas gentes. Id al entierro y mientras yo me quedaré aquí con mi hijo. Estoy muy alterado y me vería en peligro de caer enfermo. Pero esperad (*Coge dos jarras de vino y se las lleva a las COMADRES*), yo os suplico que toméis un trago y así podréis llevarla con más alegría y serenidad (*Las mujeres del cortejo beben de las jarras. Luego sigue con gran solemnidad el cortejo.*) Grabaré un epitafio sobre la tumba de mi mujer. (*Llamando a un PAJE.*) Tú, ven acá y escribe lo quedigo. (*El PAJE escribe lo que GARGANTÚA le va dictando con aire solemne y al mismo tiempo cómico.*)

Se me murió la noble Badebec,
y su muerte causóme gran tristeza,
porque tenía de rabel la cara,
cuerpo español y talle de holandesa.
Que la perdone Dios sin más rodeos,

ya que los dolores del parto la mataron.

Aquí yace su cuerpo,

que vivió sin vicio,

y murió tal año y tal día que pasaron,

(Al PAJE.) Corre; mándalo grabar al instante.

(El PAJE, que ha ido escribiendo todo lo que GARGANTÚA decía, sale corriendo por el foro. A todo esto el cortejo fúnebre sigue subiendo por la cuesta muy despacio, mientras beben y ríen todos, cortesanos y mendigos, en torno a la gran mesa. Al fondo se oyen los lloros y risas de PANTAGRUEL. En esto aparece PANTAGRUEL, vestido con mantillas, gorrito de niño, con la cuna encima de la espalda. Arrastrándose llega hasta el centro del escenario. Todos se asombran al verlo.)

COMENSAL 1.º—¡Por Dios, señor Gargantúa. vuestro hijo Pantagruel, recién nacido, ya viene a la mesa con la cuna a la espalda!

COMENSAL 2.º—Quitádsela antes de que pueda coger el mal de piedra.

(PANTAGRUEL, con las manos extendidas, se dirige hacia la mesa, suplicante y con entonación de niño y medio llorando.)

PANTAGRUEL.—A beber, a beber.

(GARGANTÚA coge una gran jarra de vino y se dirige hacia PANTAGRUEL.)

GARGANTÚA.—Tomad y bebed, hijo mío, Pantagruel. Grande tienes el gznate. Lo mismo que tú dije yo al nacer. Toma y bebe. Y haz honor a tu nombre, que, si mal no recuerdo, significa sediento, con lo que el espíritu profético quiso decir que serás dominador de todas las bebidas del mundo.

(Beben todos con GARGANTÚA y PANTAGRUEL, haciéndose un oscuro. Hacen mutis por el fondo.)

ESCENA II

(Cuando se ilumina de nuevo la escena, pasea PANTAGRUEL acompañado de tres amigos: EPISTEMÓN, el HERMANO JUAN y CARPALIN. PANTAGRUEL va vestido con un traje rojo y gran capa; su figura debe destacar por tamaño y riqueza de las demás. EPISTEMÓN, el preceptor, viste de oscuro con toga. El HERMANO JUAN, con hábito pardo y un gran espadón a la cintura. CARPALIN, criado de GARGANTÚA, con traje y calzas de varios colores.)

HERMANO JUAN.—Decidme, Pantagruel, ¿en qué jerarquía, en qué clase de animales venenosos colocaríais a la mujer?; decídmelo, decídmelo.

PANTAGRUEL. (Riendo.)—Y eres tú quien habla mal de las mujeres, monje glotón. ¿Ya te has olvidado de la regla de vuestra abadía de Theleme: "Haz lo que quieras"?

EPISTEMÓN.—Según escribe Eurípides, contra todas las bestias venenosos se ha encontrado un remedio aprovechable, pero nada se ha encontrado hasta el presente contra la mala mujer.

PANTAGRUEL.— Ese falso de Eurípides, siempre habla mal de las mujeres.

Venganza divina debió de ser el que fuese comido por los perros. Epistemón, viejo amigo, gracias a tus buenos preceptos y a los consejos de mi padre el Rey Gargantúa, he conseguido llegar a las puertas del escondido templo de la sabiduría. Pero ni los hipócritas necios, ni los viejos fariseos, ni los pobres fingidos, ni los farsantes, ni los papanatas, ni los escribanos, ni los camorristas y gorriones podrán entrar en él. (*Dirigiéndose a todos los demás.*) ¿Alguno de vosotros quiere hablar más sobre las mujeres? Tú, Carpalin, ¿no recuerdas ya tus años de bigardo?

CARPALIN.—Claro que sí. En los tiempos en que hacía yo vida picaresca, mi mejor argumento para convencer a las damas era demostrarles muy abiertamente que sus maridos estaban celosos de ellas. Ninguna resistía esa artimaña. Y os aseguro que no fue hallazgo mío. Está escrito con muchos ejemplos y razones. (*Pausa.*) Pero, la verdad es que ahora lo que yo más querría en este momento es orinar.

HERMANO JUAN.—Pues yo en este momento tengo mi estómago perfectamente guarnecido; no me pesa más de un lado que de otro, no me falta ni pan ni vino. Doy treguas al hambre y treguas a la sed.

(*Aparece PANURGO, por otro extremo de la escena, con la capa arrastrando; pobre y derrotado. Lleva unos grandes anteojos, traje gris y bonete; las calzas, por delante, decoradas de extraña manera. Los otros se detienen mirándole.*)

PANTAGRUEL—¿Veis ese hombre que viene por el camino? Pues yo os digo que sólo es pobre en cuanto a su fortuna, y os aseguro que la naturaleza lo creó de noble y rico linaje. Las aventuras y los malos encuentros le habrán reducido a esa penuria. (*PANURGO se va acercando al grupo. PANTAGRUEL se dirige hacia él.*) Amigo mío, os ruego que os detengáis un poco con nosotros y que me contestéis a lo que voy a preguntaros. Tendría mucho placer en prestaros ayuda, ya que os veo estáis pasando malos momentos. Decidme, amigo mío: ¿quién sois, de dónde venís, a dónde vais y qué buscáis?

PANURGO.—Señor, mi verdadero y propio nombre es Panurgo, y vengo ahora de Turquía, a donde me condujeron prisionero. Con mucho gusto os contaré mis aventuras, que son más maravillosas que las de Ulises. Y puesto que os agrada recibirme en vuestra compañía, yo lo acepto. Os prometo no dejaros nunca, aunque os fuerais con todos los diablos del infierno. Por ahora necesito con urgencia comer, tengo los dientes agudos, el vientre flojo, la boca seca y el apetito estridente. PANTAGRUEL.—Venid, venid con nosotros, aquí tendréis buena comida, buen vestido y podréis dormir cuanto queráis. (*Se sientan en la gran mesa que hay en el escenario. Se sirve a todos de comer. PANURGO ríe mientras bebe.*) Panurgo, ¿de qué os reís?

PANURGO.—Pensaba en esos diablos de turcos que son bien desgraciados, porque no beben gota de vino. Aunque otro mal no hubiese en el Corán de

Mahoma esto sólo bastaría para que yo nunca me sometiera a su ley.

PANTAGRUEL.—Y dime, Panurgo, ya que no es precisa la vista de un lince para ver que andáis comido por las deudas ¿cuándo os veréis libre de ellas?

PANURGO.—Cuando vos seáis vuestro propio heredero. ¡Dios me libre de quedarme sin deudas! Los acreedores son criaturas bellas y bondadosas!. Podéis creer que me encuentro feliz y a mis anchas cuando todas las mañanas los veo a mi alrededor. Cuando sonrío a alguno de esos bribones y él piensa que le pagaré el primero, me siento en el papel de Dios entre sus ángeles y querubines. Un mundo en el que nadie prestara sería como una jauría de perros. Ningún ser humano socorrería a otro, ¿para qué? Nadie se interesa por quien nada le debe. Los hombres serían lobos para los hombres. En cambio, ¡qué armonía si todos fuésemos deudores y acreedores! Me extasío solo al imaginarlo.

(Queda embobado mientras todos los demás ríen. Viene corriendo CARPALIN hacia donde está PANTAGRUEL.)

CARPALIN.—Mi señor Pantagruel, ya viene hacia nosotros Taumasta, el clérigo inglés que discute por señas. Vino desde la lejana Inglaterra solamente para discutir con vos o con alguno de nosotros, si se atreve a discutir con él.

(TAUMASTA, vestido de clérigo, se acerca solemnemente. Hace una gran reverencia ante PANTAGRUEL.)

TAUMASTA.—Señor Pantagruel, al oír la fama de vuestra gran sabiduría abandoné mi país, mis padres y mi casa y he venido a vuestro encuentro sin reparar en lo largo del viaje por mar y en lo desconocido de estas tierras. Sólo quiero discutir contigo y resolver mis profundas dudas sobre ciertos puntos de la filosofía, la cabalística y la geomancia. Si me los aclaras, yo y mi descendencia seremos tus esclavos, *(Hace una profunda reverencia.)* Pero querría que nuestra discusión fuese por medio de señas solamente, sin palabras, porque la materia es tan profunda y difícil que ninguna palabra humana bastaría para explicarla.

PANTAGRUEL.—A cualquier hora, amigo mío, estoy dispuesto a discutir contigo acerca de esas dudas que tenéis. Y alabo vuestra manera de discutir por señas, pues así evitaremos los manotazos que dan los papanatas a los palabras.

(Se interpone PANURGO y se dirige a TAUMASTA.)

PANURGO.—Decidme, señor, ¿habéis venido a discutir o a aprender la verdadera sabiduría?

TAUMASTA.—Odio la controversia inútil.

PANURGO.—Entonces, si yo, que soy un humilde discípulo del maestro Pantagruel, os convenzo, no hará falta molestarle a él. Vale más que él presida nuestra discusión y que os conteste al final de ella, sí algo no os convence.

TAUMASTA.—Me parece razonable.

PANURGO.—Pues empezad ya.

(Empieza la discusión con gestos TAUMASTA levanta en alta las dos manos, junta las extremidades de los dedos, las baja, las vuelve a levantar y a juntar, las extiende en actitud como rogando a Dios, PANURGO levanta rápidamente la mano derecha, pone el pulgar bajo la entrada de la nariz, levanta la mano izquierda con los cuatro dedos juntos y extendidos, con el pulgar elevado y apuntando hacia la nariz de TAUMASTA.)

TAUMASTA.—Y si Mercurio...

PANURGO. *(Interrumpiéndole.)*—Habéis hablado. Sois un tramposo.

(TAUMASTA levanta la mano izquierda abierta, cierra los cuatro dedos, se pone el pulgar en la punta de la nariz, alza la mano derecha abierta y la baja rápidamente, PANURGO. con gesto muy agresivo y dirigiéndose hacia el inglés, hace como un gesto de burla cerrando en forma de boca los dos dedos, índice y pulgar de las dos manos, luego levanta la mano derecha con el puño cerrado hacia arriba, extiende el índice de la mano izquierda hacia TAUMASTA. PANURGO mete el índice de la mano derecha en la boca, lo aprieta bien con los labios y lo saca de pronto haciendo un ruido fuerte, repitiendo esto mismo durante cuatro veces. TAUMASTA se sienta y apoya la cabeza en la mano derecha, dando señales de gran preocupación. Toda la gente que los rodea, cada vez más cercana a los dos contendientes, dan muestras de pensar que PANURGO esté dominando la discusión. Por fin TAUMASTA se levanta, pone los dedos de las manos en forma de semicírculo y los levanta hasta la mayor altura que puede. PANURGO sopla entre las palmas y comienza luego a castañetear sonoramente los dientes. Por último, PANURGO hincha los carrillos y sopla en dirección a TAUMASTA, mientras hace una figura grotesca con las dos manos encima de su cabeza. TAUMASTA levanta la mano derecha en señal de alto, mientras da una gran voz.)

TAUMASTA.—¡Ahí, señores, por fin el gran secreto ha sido revelado. *(Dirigiéndose a PANURGO.)* En él habéis metido la mano hasta el codo. *(TAUMASTA saca un puñal y lo tiene con la punta mirando hacia el suelo. PANURGO pone las manos en forma de peine sobre su cabeza, sacando la lengua todo lo que puede y poniendo los ojos en blanco.)* Ya os comprendo, pero ¿qué significa esto? *(Al mismo tiempo pone el mango del puñal sobre el pecho y sobre la punta coloca la palma de la otra mano, doblando un poco los dedos. PANURGO, inclinando la cabeza hacia el lado izquierdo, se mete el dedo medio en la oreja y levanta el pulgar; después cruza los brazos con el pecho, tose dos o tres veces y golpea la tierra con el pie derecho; luego levanta el brazo izquierdo, cerrando todos los dedos menos el pulgar, que apoya sobre la frente, y con la mano derecha se da varios golpes de pecho. Por último, se mete los dos dedos en la boca, se estira los labios todo lo que puede, haciendo una mueca horrible, mirando*

hacia todos los que le rodean, TAUMASTA, descubriéndose, saluda con gran cortesía a PANURGO.) Os doy gracias humildemente, señor. *(Dirigiéndose con voz alta a los espectadores.)* Señores, tenéis aquí, en vuestra presencia, un maestro y un tesoro incomparables; es mi señor Pantagruel, cuyo renombre me atrajo hasta aquí desde la lejana Inglaterra. Pero ahora digo que la fama es avara con él, pues no cuenta ni la milésima parte de lo que merece. Habéis visto cómo su discípulo me ha satisfecho y me ha dicho mucho más de lo que yo le preguntaba, resolviéndome dudas inestimables. Os aseguro que él me ha descubierto el abismo de la verdad enciclopédica y con el tiempo escribiré esta discusión para que nadie crea que ha sido burla y la haré imprimir para que todos la estudien. *(Dirigiéndose a PANTAGRUEL.)* Vamos, señor, a celebrar el término de nuestra controversia.

(Salen TAUMASTA y PANTAGRUEL quedando en escena PANURGO y EPISTEMÓN. PANURGO ríe con grandes carcajadas, viendo alejarse a PANTAGRUEL y TAUMASTA.)

EPISTEMÓN.—Vuestra sabiduría, amigo Panurgo, se extenderá sin límites por el infinito mundo de los papanatas.

(Entra en escena en este momento la DAMA DE PARÍS, que cruza la escena, PANURGO la sigue con gesto de admiración.)

PANURGO.—¿La conocéis? Jamás vi belleza semejante.

EPISTEMÓN.—No la conozco. Pero por su modo de andar juraría que es una dama recién venida de París.

(PANURGO se dirige hacia ella.)

PANURGO.—Señora, creo que sería utilísimo a la república, deleitoso para vos y honorable para vuestro linaje y para el mío el que cruzarais conmigo vuestra raza. Dejemos a un lado los largos prólogos que hacen los doloridos y contemplativos amantes de Cuaresma. La experiencia os demostrará que este procedimiento mío es mucho mejor.

(La DAMA se vuelve y retrocede asustada.)

DAMA.—¡Malvado!, ¡loco! ¿Cómo os atrevéis a hacerme tal proposición?, ¿a quién pensáis hablar? ¡idos, que no os vuelva yo a ver en mi presencia, si no queréis que os mande cortar los brazos y las piernas!

PANURGO.—Sería para mí un deber dejarme cortar brazos y piernas, a condición de que nos regocijemos un rato jugando a los muñequitos en las bajas regiones.

DAMA. *(Cada vez más irritada)*— ¡Marchaos, malvado, marchaos! Si me decís una palabra más llamo a la gente y os hago moler a palos.

PANURGO.—Ah, no, no, no sois tan mala como queréis aparentar, o yo me engaño al juzgaros por vuestra fisonomía. Más fácil es que la tierra se suba hasta el cielo, que el que en tan gran belleza como la vuestra haya una sola gota de hiel o de malicia *(Aparte.)* Cierto que se dice muchas veces, "no ví mujer hermosa que fuera bondadosa". pero esto se refiere a las bellezas

vulgares (*Volviéndose hacia la DAMA, en tono grandilocuente.*) ¡Oh, Dios de los más altos cielos!, ¡qué feliz será aquel a quien le concedáis la gracia de llegar hasta esta mujer para abrazarla, besarla y restregar con ella sus lomos! ¡Por Dios que ese he de ser yo! Lo veo muy bien, porque ya me amáis locamente. Lo conozco, Los liados me predestinaron a ello. Así, y para ganar tiempo, venid, venid que enlacemos nuestras manos, nuestros brazos y nuestras piernas.

(*Quiere abrazarla, pero ella hace ademán de correr.*)

PANURGO.—¡Señora, señora, escuchadme! Yo me iré. No quiero que os molestéis. (*Ella se detiene al ver que PANURGO se pone delante arrodillado.*) Señora, me tenéis tan enamorado que no puedo ni comer ni mear. Como comprenderéis, me puede sobrevenir una enfermedad y ¿qué pasaría entonces?

(*DAMA, nuevamente irritada.*)

DAMA.—Idos, eso a mí no me importa. Dejadme. Tengo que ir a rogar a Dios por mis asuntos.

PANURGO.—Bien está. Pero concederme, por favor, esos paternosters que lleváis en la cintura.

DAMA.—Tomadlos y no me molestéis más.

(*La DAMA va a desatarse los paternosters, pero PANURGO, con una daga que lleva, los corta. Luego ofrece el cuchillo a la dama.*)

PANURGO.—¿Queréis mi cuchillo?

DAMA.—No, no, de ningún modo.

PANURGO.—Es muy a propósito para vos. Corta muy bien los intestinos y las morcillas. Pero decidme, señora, ¿quién de los dos ama más al otro?, ¿vos a mí o yo a vos?

DAMA.—En cuanto a mí, yo no os odio, porque obedezco el mandato divino y amo a todo el mundo.

PANURGO.—Pero ¿no estáis enamorada de mí?

DAMA.—Os he dicho ya mil veces que no me habléis de tal asunto. Marchaos y devolvedme mis paternosters, que mi marido me los pedirá.

PANURGO.—¿Cómo, cómo vuestros paternosters? Yo quiero usarlos, pero ya os daré otros. ¿Cómo os gustan más, de oro esmaltado por las orillas, de ébano o de jacintos?, ¿de topacios y zafiros?, ¿con diamantes engarzados en oro de veinticinco quilates? Yo os haré un hermoso rosario de finas esmeraldas, adornadas con ámbar gris y no costará más de 25 ó 30 mil ducados. Os quiero hacer un hermoso regalo, porque tengo en ello mucho gusto. (*Mientras habla PANURGO hace sonar los botones y medallas que lleva en una bolsilla, como si fueran escudos. La DAMA está un poco perpleja y desconcertada.*) ¿Queréis una pieza de terciopelo carmesí, violeta o morada? ¿La queréis de satén? ¿Queréis cadenas, brazaletes, sortijas, collares? No tenéis más que decir: sí. Hasta cincuenta mil ducados, nada me importa.

(La DAMA hace gestos de estar vacilando.)

DAMA.—¡No, no!, yo os lo agradezco mucho, pero de vos nada quiero.

PANURGO.—¡Por Dios! Yo sí quiero algo de vos. Pero es cosa que nada os costará y en nada os hará de menos. *(Intenta abrazarla, pero ella empieza a gritar, aunque no demasiado alto.)* ¡Por Dios, señora! ¿Es que no vais a permitirme ni siquiera este pequeño juego? Pienso que no merecéis ni tanto bien ni tanto dolor. Pero, ¡por Dios!, que haré que os sigan todos los perros del contorno.

(PANURGO hace como que introduce unos polvos en el traje de la DAMA, mientras ella sigue avanzando. Vuelve PANURGO a donde está EPISTEMÓN.)

EPISTEMÓN.—¿Qué la habéis puesto en el traje?

PANURGO.—Son polvos de perra en celo, con lo que todos los perros del contorno irán detrás de ella. Mirad, mirad cómo van ya. *(Dirigiéndose a uno que corre cercano a él.)* ¡Vamos, corre!, ¿no vas a las bodas de tus compañeros?

(Se ve cómo dos o tres figurantes, con piel de perro y máscara, van detrás de la DAMA ladrando y acosándola; ella huye seguida por los perros mientras quedan EPISTEMÓN y PANURGO riendo. Se hace oscura en la escena.)

ESCENA III

(PANTAGRUEL, sentado en un escabel, bebe servido por unos pajes mientras PANURGO pasea pensativo, delante de él. Por fin se dirige PANURGO a PANTAGRUEL.)

PANURGO.—Señor, habéis escuchado mi propósito de casarme, y si por ventura no están cerrados todos vuestros agujeros, cuevas y bocas, yo os suplico, por el amor que desde largo tiempo me profesáis, que me deis vuestro parecer.

PANTAGRUEL.— *(Con mucha calma, después de beber y limpiarse la boca.)*—Puesto que habéis levantado el dedo y lo habéis decretado, no es preciso hablar más; casaos. Tan sólo resta ponerlo en ejecución.

PANURGO.—¡Sí, sí!, es cierto, pero yo no quisiera decidirme sin vuestro parecer y vuestro consejo.

PANTAGRUEL.—Pues ese es mi parecer y así os lo aconsejo.

PANURGO.—Está bien, está bien, pero si por casualidad estimaséis que estoy mejor así, es decir, sin tomar nuevo estado, yo nunca me casaría.

PANTAGRUEL.—¿Nunca os casaríais?

PANURGO.—Eso es, nunca, nunca me casaría. Pero ¿querríais vos que yo me pasara la vida así, solo, sin compañía conyugal? El hombre soltero no tiene esa categoría que se ve entre los casados.

PANTAGRUEL.—Pues casaos entonces, ¡por Dios!

PANURGO.— Pero ¿y si mi mujer me hace cornudo, como sabéis que

sucede con tanta frecuencia? Yo, ciertamente, quiero a los cornudos, me parecen hombres de bien, frecuento su trato, pero no quisiera serlo. Este es punto que me preocupa mucho.

PANTAGRUDEL.- Entonces, yo os aconsejo lo que os diría el sabio Séneca: nunca os caséis.

PANURGO.—¿Sin excepción, decía?

PANTACRUEL.—Sin excepción, os digo.

PANURGO —Eso quiere decir, en este mundo y en el otro. Y por fortuna ¿no es mejor que me asocie con una dama honesta y apreciada, que cambiar todos los días, con peligro de algún estacazo o de alguna enfermedad maligna? Porque las mujeres de bien no traen ningún mal ni les faltan a sus maridos.

PANTAGRUDEL. (*Dando muestras de impaciencia.*)—Casaos entonces ¡por Dios!

PANURGO— Pero, si Dios quisiera que me casase con una mujer de bien y ésta me pegase, necesitaría más paciencia que Job para no rabiar, porque me han dicho que estas mujeres de bien tienen por lo general mala cabeza y guardan mucho vinagre en su cuerpo. Pero yo entonces lo tendría peor y la golpearía tanto y por tantas partes, que la quebraría las piernas, los brazos, el hígado y el bazo. No, no, por este año no quiero pasar estos tormentos y contento me vería de no tenerlos que pasar nunca.

PANTAGRUDEL.—Pues entonces, nunca os caséis.

PANURGO.—Sí, sí, está bien. Pero en el estado en que me veo, soltero y en mala hora libre de deudas, desde que vos me las pagáis, y notad que digo en mala hora libre de deudas, porque quizá, teniéndolas, mis acreedores cuidarían de mi paternidad. La verdad es que no tengo persona que de mí se ocupe y necesito el amor conyugal. El sabio ya dice que donde no hay mujer la enfermedad es una pena horrible y jamás quisiera verme enfermo así.

PANTAGRUDEL.—Pues casaos, ¡por Dios!, entonces.

PANURGO.—Pero si estoy enfermo, e impotente para los deberes del matrimonio, mi mujer puede abandonarme, entregarse a otro, no sólo no me socorrería en mi necesidad, sino que se burlaría de mí mal y me robaría como he visto que muchas veces ocurre.

PANTAGRUDEL.—Pues entonces nunca os caséis.

PANURGO.—Pero es que así no tendría hijos legítimos que perpetuaran mi nombre y mis armas, a los que legar mis riquezas y mis herencias. Y no podría distraerme y recrearme con ellos. Estando libre de deudas y soltero, si por accidente me disgusto, en vez de consolarme os reiréis de mí.

PANTAGRUDEL. (*Levantándose ya en el colmo de la impaciencia.*)— ¡Casaos, cosaos!, amigo Panurgo, ¡casaos!

PANURGO.—No me decís más que sarcasmos, burlas, frases contradictorias, (*Lloroso.*) Y como las unas destruyen a las otras, no sé a qué atenerme.

PANTAGRUEL.—Y vos no hacéis más que decirme tantos "si" y tantos "pero" que no puedo resolver ni fundar nada. ¿Estáis seguro de vuestra determinación? Aquí está el punto principal.

PANURGO.—Lo más fácil sería jugarlo a los dados.

PANTAGRUEL.— ¡No, no!, esa suene es abusiva, ilícita y escandalosa. Jamás os fiéis de ella.

PANURGO.— Pues no serán tan malos los dados, cuando la justicia se vale de ellos.

PANTAGRUEL.— ¿La justicia, decís?

PANURGO.— ¡Sí, venid, venid y veréis al juez Bridué cómo sentencia sus juicios, con ayuda de los dados.

(Caminan PANTAGRUEL y PANURGO hada el otro extremo de la escena. Se ilumina el punto en donde, sentado al centro de una mesa, está el JUEZ BRIDUÉ, en espera de empezar su juicio. Tiene a cada lado de la mesa un gran dado; también dos cubiletes, uno a cada lado, Se acercan a él PANTAGRUEL y sus amigos.)

PANTAGRUEL.- Señor presidente, según me han dicho sentenciáis los juicios con ayuda de los dados.

BRIDUÉ.- Ciertamente. Estos son los dados de los juicios.

(Señala los grandes dados que tiene preparados encima de la mesa.)

PANTAGRUEL.- ¿Y cómo lo hacéis, amigo mío?.

BRIDUÉ.- Os responderé brevemente. Al principio hago lo mismo que los demás jueces. Después de haber bien visto, leído, ojeado y paladeado los aditamentos, las comisiones, los procesos, las alegaciones, los interdictos, las preguntas, las réplicas, las súplicas, las confrontaciones, los libelos, los escritos, las cartas reales, las declinatorias, las evocaciones, los reenvíos, las conclusiones y tantas otras golosinas semejantes, como hace todo buen juez, pongo en el extremo de la mesa de mi despacho el cubilete del demandante y tiro su suerte. Hecho esto, pongo el cubilete del demandado al otro extremo y del mismo modo tiro su suerte. *(Enseñando otros dados, los dados grande.)* Aquí tengo estos otros dados más gruesos, y muy bonitos y armoniosos que utilizo cuando el pleito es fácil

PANTAGRUEL.—¿Y hecho esto, cómo sentenciáis?

BRIDUÉ.—Doy sentencia con arreglo a lo que determina la suerte de los dados judiciares.

PANTAGRUEL.—Bien está, amigo mío. Pero, ¿por qué no lo hacéis en el día y en la hora en que los litigantes comparecen, sin más dilaciones? ¿Parn qué os sirven las escrituras y los antecedentes contenidos en los autos?

BRIDUÉ.— ¡Ahí amigo mío, primeramente por lo que atañe a la forma, porque no es válido lo que no está bien hecho. En segundo lugar, porque me sirve de ejercicio honesto y saludable. La falta de ejercicio corporal es la causa única de la mala salud y de la brevedad de la vida de todos los oficiales de la justicia. Y, en tercer lugar, porque considero que el tiempo

purifica todas las cosas, el tiempo todo lo pone en evidencia: él es padre de la vida y padre de la verdad. He aquí por qué, como hacen los otros jueces, dilato y difiero el juicio, a fin de que el proceso esté bien ventilado y debatido y venga a madurar por sucesión del tiempo.

PANTAGRUEL.—¿Y no agraváis de esa forma la condena?

BRIDUE.—Al contrario. La suerte es más dulcemente soportada por las parles condenadas. El juicio crudo, verde y prematuro, tendría el peligro que, según los médicos, tiene cuando se opera un apostema antes de que esté maduro, o cuando se purga el cuerpo humano de algún humor nocivo en momento inoportuno. La naturaleza nos enseña a comer los frutos cuando están maduros; a casar a las mujeres cuando están maduras y a no hacer las cosas sino en plena madurez.

PANTAGRUEL.—Pero sería más fácil la conciliación tomando el pleito en su comienzo.

BRIDUE.—No, amigo. Escuchad: Cuando yo estudiaba derecho había un buen tabernero en mi pueblo, que hacía infinito número de conciertos y arreglos entre los vecinos. Al final celebraba en la taberna la reconciliación con el vino de la avenencia. Tenía un hijo que quiso imitarle, y era tan activo, que en cuanto oía hablar de algún inconveniente o disputa corría a ofrecerse como arreglador. Jamás arregló ninguna disputa. Se quejó a su padre y éste le dijo: tú no arreglas las diferencias, hijo mío, porque las tomas al principio, cuando están verdes.

PANTAGRUEL.—Y en los casos de delitos "in fraganti", ¿también dilatáis la sentencia?

BRIDUE.—Sí, naturalmente. Al menos hago dormir al reo antes del proceso. Y sólo al final vuelvo otra vez a usar mis dados.

PANTAGRUEL. (*Despidiéndose.*)—Os dejamos. Juez Bridué, para que vuestros pleitos sigan durmiendo en espera de la buena suerte.

(*Se alejan despacio, se detienen, van con aire preocupado.*)

PANURGO.—¿Qué os parece, mi señor Pantagruel, en equitativo y jurídico este procedimiento?

PANTAGRUEL.—Amigo Panurgo, no es mi profesión la de sentenciar pleitos, pero según parece la mayoría de sus sentencias son equitativas. Quizá la protección divina haya mediado a favor de la buena suerte. ¿Acaso no pensáis vos también decidir así vuestro matrimonio?

EPISTEMÓN (A PANURGO.)—Amigo Panurgo, ni los sueños ni la sibila, ni los teólogos, ni los filósofos, ni los dados han conseguido resolver vuestra perplejidad ante el matrimonio. ¿Por qué no recurrís al consejo de un loco? Ahí mismo tenéis al más famoso loco de nuestros contornos: al gran Tribulete, que si no resuelve vuestro misterio al menos animará nuestra cena.

PANTAGRUEL. (*Dirigiéndose a CARPALIN.*)—Ve y tráenoslo, Carpalin, que nos divertiremos bien con él.

(Mientras hablan EPISTEMÓN y PANTAGRUEL, ha entrado en escena TRIBULETE, que viene vestido con un traje estrafalario, una espada de madera, un gorro como de bufón, y en la mano una vejiga, con la cual se defiende de dos o tres muchachos que le rodean.. CARPALIN se acerca a él y medio a rastras lo lleva hasta cerca de la mesa. El HERMANO JUAN le ofrece una jarra de vino. TRIBULETE bebe hasta apurar totalmente el jarro. Todos le contemplan asombrados.)

PANURGO.—En toda mi vida había visto un loco que bebiera con tanto gusto y con tragos tan largos. Pero, decidme *(Dirigiéndose a TRIBULETE.)*, buen amigo, podréis aconsejarme sobre el gran dilema que me atenaza; sobre si debo o no contraer matrimonio.

(TRIBULETE da un gran salto, se acerca a PANURGO, le da una gran palmada en la espalda, le pone en las manos la botella o jarra en que ha bebido, le da un papirotazo con la vejiga, y se encara con él.)

TRIBULETE.—¡Por Dios, loco rabioso, guardamonjes, cornamusa de Buzanzay!

(Luego se aparta soltando y dando golpes a todos con la vejiga, defendiéndose con la espada de madera. PANURGO le deja marchar.)

PANURGO.- Nosotros sí que estamos locos. He aquí su hermosa solución.

PANTAGRUEL. *(Con aire meditabundo.)* — Dice que estáis loco, pero loco rabioso; porque a vuestra vejez queréis casaros, ataros y poner os en servidumbre; y os ha dicho guardamonjes... Por mi honor, que algún monje ha de haceros cornudo. Por las otras respuestas deduzco solamente que serás cornudo, pero no ha explicado cómo será vuestra mujer. Habréis oído que ha dicho que seréis la cornamusa de Buzanzay, es decir, que seréis bien cornamuseado. Recordad, además, que os dio un papirotazo con la vejiga, y un puñetazo en la espalda; esto presagia que por ella seréis golpeado y robado.

PANURGO.—No es que yo me quiera liberar del dominio de la locura; estoy en él y lo confieso. ¡Todo el mundo está loco! Pero yo más bien interpreto sus palabras como que mi mujer será robusta y alegre como una cornamusa. El verídico Tribulete ha conocido muy bien que me gustan las gallardas pastoras despeinadas, más que las damas de las grandes cortes. Pero, aún tenemos otro signo importante, en el cual no os habéis fijado y que es el nudo de la cuestión, me ha puesto en la mano la botella ¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir?

PANTAGRUEL.—Por ventura significa que vuestra mujer será borracha.

PANURGO.— Al contrario, porque la botella estaba vacía. Lo que nos ha querido decir es que debo buscar la palabra de la divina Botella.

EPISTEMÓN.- Yo sé dónde está el templo de la divina Botella, y por dónde se llega al lejano país de las linternas, a donde fueron o buscar la verdad, con sus linternas Demóstenes y el gran Bartolo. Solamente si consiguiéramos la ayuda de una gran linterna de aquel país llegaríamos

hasta el Oráculo. Pero tendremos que hacer una larga travesía.

PANTAGRUEL.— Con gusto os acompañaremos, amigo Panurgo.

PANURGO.— Yo os juro, mi señor Pantagruel, que llevaré los anteojos en el bonete y las calzas sin bragueta, hasta que demos término feliz a esta aventura.

(Suenan toques de tambores y dulzainas y aparece en una entrada espectacular GARGANTÚA, rodeado de sus pajes. Todos se levantan y PANTAGRUEL va a su encuentro.)

PANTAGRUEL.— Por allá veo venir a mi padre, el buen Rey Gargantúa. Le pediré permiso para emprender este largo, alegre y peligroso viaje.

(Llega GARGANTÚA hasta cerca de donde está puesta la gran mesa central.)

GARGANTÚA.— Amigos míos, no dejes vuestra conversación. Ponedme una silla en ese lado de la mesa y dadme de beber. Ya he oído vuestro proyecto, hijo Pantagruel, y me agrada de veras que hagas este viaje. Durante tu ausencia yo buscaré una mujer para ti y prepararé a tu vuelta el festín más grande que jamás se haya celebrado.

(Beben todos y lentamente se hace oscuro en la escena. Fin del primer acto.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA IV

JUGLAR.- *(Ha aparecido como en el primer acto, saltando, en una presentación muy directa, hacia el público.)*— Ilustres caballeros, gentiles hombres, bellas damas. *(Cambiando la dirección y el tono de la voz)* Y vosotros, buenas gentes, bebedores ilustres y comedores infatigables. Al cabo de una larga travesía han llegado a la tierra de las Linternas el príncipe Pantagruel y sus amigos, el bravo Hermano Juan, siempre acompañado de su espadón, el sabio Epistemón, que desde su infancia ha venido cuidando de las buenas costumbres del hijo del rey Gargantúa y el ágil Carpalin, más rápido que una liebre. Todos acompañan a Panurgo en la búsqueda de la palabra que resolverá sus terribles dudas sobre el matrimonio y le libraré de sus dos duras promesas: llevar los anteojos en el bonete y las calzas sin bragueta. Han conocido multitud de extrañas islas, pobladas de gentes casi tan extrañas como nosotros. Felices como las de la Entelequia, donde las enfermedades se curan con canciones o las de la isla de Hodos, donde los caminos andan y conducen a las gentes sin fatiga. Tierras infelices como la de los miserables Papahigos o la de los inaguantables quisquillosos. *(Pausa.)* Pantagruel logró dar muerte con sus dardos a una gigantesca ballena, pero el mar logró su desquite haciendo naufragar su barco. *(Se ve a PANTAGRUEL y a sus compañeros avanzando en fila, mirando temerosos a los lados. Al otro extremo de la escena hay tres mercaderes descansando y*

con ellos DINDENOL. Doce figurantes vestidos con pieles de cordero y caretas de carnero forman una especie de rebaño.) Vedlos allá cómo se acercan titubeando. Quizá aquellos mercaderes, con los que van a encontrarse, les ayuden en su búsqueda o les salgan al paso y los despojen de su dinero y de sus provisiones. Veamos cual será el emocionante desenlace de la gran aventura de Pantagruel y Panurgo, eo busca del Oráculo de la divina Botella.

(Sale el JUGLAR rápidamente coma ha entrado. Mientras PANTAGRUEL y los suyos se acercan a los mercaderes. DINDENOL, al ver la extraña figura de PANURGO, comienza a reír y habla dirigiéndose a los mercaderes y señalando a PANURGO.)

DINDENOL.—Ved ahí la verdadera figura de un cornudo.

PANURGO.- ¡Cómo diablos voy a ser cornudo si todavía no estoy casado como tú! Que bien se te ve por ese desgraciado mascarón que tienes por cara,

DINDENOL.—Sí, verdaderamente que lo soy. y no quisiera dejar de serlo por todos los anteojos de Africa y de Europa juntos. Porque tengo una de las mujeres más bellas y honestas que hay en todo este país. Pero dime, ¿quién eres tú? ¿En qué negocio traficas? ¿De dónde vienes, anteojero del Anticristo?

PANURGO. — Y yo te pregunto: ¿si consiguiera solazarme con tu bella, agradable, honesta y digna mujer, qué es lo que tú harías, braguetero de Mahoma?

DINDENOL.—Te daría una cuchillada en esa oreja antiparrera, y luego te desollaría como a una oveja.

(Echa mano a la espada, pero no consigue hacerla salir de la vaina, PANURGO corre a refugiarse junto a PANTAGRUEL. EL HERMANO JUAN echa mano a su espadón y va a atacar a DINDENOL, pero los mercaderes y otros le apartan. PANTAGRUEL interviene.)

PANTAGRUEL.—Vamos, amigos, haya paz entre vosotros y bebamos a vuestra salud. Pásales tu bota, Carpalin.

(Beben PANURGO y DINDENOL y se dan la mano en señal de reconciliación. Mientras beben, PANURGO aparta a EPITEMÓN del HERMANO JUAN.)

PANURGO.—Retiraos de aquí con disimulo, que vais a divertir os bien con lo que veáis, Tendremos un bonito juego, si la cuerda no se rompe.

(Luego, él solo se dirige otra vez donde está DINDENOL y vuelve a beber con él, en la bota de vino.)

PANURGO (A DINDENOL.)—Querido amigo, yo os pido por favor que me vendáis uno de vuestros carneros.

DINDENOL.—¡Cómo sabéis, vecino, burlaros de las pobres gentes! *(Riendo.)* Verdaderamente que sois un gallardo tratante; pero más que de comprador de carneros tenéis aspecto de cortador de bolsas. ¡Mirad, mirad,

CARPALÍN.— Parecen gentes que hablan en el aire y sin embargo a nadie se ve.

PANURGO.— ¡Por el vientre azul! ¿Es esto una broma? Escuchad, por Dios, ahora suenan cañonazos. ¡Huyamos huyamos, estamos perdidos! Nos rodea una emboscada. Hermano Juan, ¿estáis ahí, amigo mío? Acércate, te lo suplico, ¿Tienes tu espadón? Cuida de tenerlo fuera de la vaina y no lo saques a medias. Estamos perdidos, escucha, escucha ¡Huyamos! (PANURGO *está sujeto y agachado junto al HERMANO JUAN, que tiene la espada desenvainada. Miran, con temor, en todas direcciones.*) No lo digo porque tenga miedo, pues nada temo excepto los peligros. ¡Quiera Dios que vuelva a mi tierra!, so pena de no casarme nunca. Por lo menos son diez contra uno, os lo aseguro. Además ellos están en su casa y nosotros no conocemos el país. Nos matarán; huir no sería para nosotros un deshonor. Por lo menos retirémonos a otro lugar más seguro ¡Por favor, mi señor, huyamos! por todos los diablos, huyamos de aquí!

PANTAGRUEL.— ¿Quién es ese cobarde? Ahora vamos a ver qué gentes son esas; acaso sean de los nuestros.

HERMANO JUAN.—Lo cierto es que no se ve a nadie, aunque parece que hay más de cien mil alrededor nuestro.

PANTAGRUEL.—Escuchemos. Yo he leído que los mundos se tocan unos a otros, y en el centro de esos mundos está el palacio de la verdad, donde habitan las palabras, las ideas, las imágenes de las cosas pasadas y futuras, alrededor de las que giran los siglos. Recuerdo también que Aristóteles decía que las palabras de Homero dan vueltas por el aire y en consecuencia que están animadas. Y que en las comarcas centrales se hielan las palabras con el rigor del invierno y se cristalizan con el frío del aire. ¡Bueno sería que hubiésemos llegado al lugar donde se helaron las palabras! ¡Vamos a ver si las encontramos por aquí!

(*Dan vueltas todos, buscando por el suelo y por los árboles las palabras.*)

EPISTEMÓN.—Señor, no debemos asustarnos ya que estamos en el confín de las tierras glaciares. A principios del invierno se riñó aquí una grandísima y cruel batalla y los gritos de los hombres y de las mujeres, el choque de las masas, los golpes de las armaduras, los relinchos de los caballos y los clamores del combate se helaron en el aire. Ahora, habiendo pasado el rigor del invierno, se funden y podemos oírlas.

PANURGO.— ¡Por Dios que yo te creo! Pero, ¿no podríamos coger algunas voces? Recuerdo haber leído que en la falda de la montaña, sobre la que Moisés recibió la ley de los judíos, el pueblo veía sensiblemente su voz.

PANTAGRUEL.—Tened en cuenta, que aquí las palabras no están todavía desheladas.

CARPELIN. (*Dando un gran salto.*)—¡Señor, mirad, venid aquí, venid, mirad cuántas palabras hay aquí, heladas y pintadas con diversos colores! Hay palabras azules, palabras rojas y amarillas, ¡miradlas, miradlas!

(Va echándoles a todas palabras, que serán de un material ligero, coloreado. Las cogen.)

EPISTEMÓN.—Calentémoslas allí, en el fuego, para volverlas a oír.

(Van arrojando las palabras a tú estufa que hay previamente puesta con carbones, donde se funden. Al tiempo se van oyendo ruidos y medias palabras de distintas clases.)

VOCES.—Bou. boa, bou, trac, trac, ou, ou, ou, gog, magog, ou, ou, ou...

(Suenan relinchos, ruidos de armas y un grito de pájaro muy agudo.)

HERMANO JUAN. — Este sería sin duda, en su tiempo, un gran grito de halcón. Señor, ¿por qué no me dais alguna voz para llevarla de recuerdo?

PANTAGRUEL.—Las palabras son un acto amoroso.

HERMANO JUAN,—Vendédmelas, entonces.

PANTAGRUEL.—Eso sería un acto de abogado, que son los que venden las palabras. Mejor y más caro se vendería el silencio.

(Siguen sonando las palabras a medida que las van lanzando al brasero)

CARPALÍN.—Bueno sería guardar algunas en aceite, o como se guarda la nieve y el hielo, entre fieltros bien limpios.

PANTAGRUEL.—No. Sería una locura guardar aquello que jamás falta y que siempre se tiene a mano.

PANURGO.— ¡Ay, si Dios quisiera que aquí y sin ir más adelante encontrara yo la palabra de la divina Botella!

(Se va apagando la luz de la escena y van apareciendo por varios puntos personas, mujeres y hombres vestidos de manera extraña y con linternas; unas colgando de la cintura otras en la cabeza. Llevan faroles, unos más grandes que otros, van bajando hacia donde está PANTAGRUEL y sus amigos. Al verlo todos ellos se quedan extasiados y esperando a ver qué sucede; se agrupan en torno a PANTAGRUEL. Se acerca hacia ellos la GRAN LINTERNA vestida de mujer, con un gran farol.)

GRAN LINTERNA.—Sean bienvenidos, mi señor Pantagruel y sus compañeros, a este país de las linternas. El próximo mes de julio será nuestro Capítulo general y podréis gozar de la bella, honorable y gozosa compañía de las buenas linternas.

PANTAGRUEL.—Os damos las gracias por vuestra cortés invitación, pero venimos en busca del Oráculo de la divina Botella. ¿Sabéis quién podría guiarnos?

GRAN LINTERNA.— Yo os acompañaré hasta su templo, Pero antes deberéis comer uvas de esa parra, poner pámpanos en vuestros zapatos y tomar una rama verde con la mano izquierda, *(Así lo van haciendo todos, mientras la escena se ilumina con luces de distintos colores. Toman los racimos y los pámpanos de la parra, que cuelga del árbol de la plaza y se prolonga formando un arco hasta la fuente.)* Detrás de ese arco formado por los pámpanos, comienzan los dominios de la gran Pontífice Babuc.

PANURGO.—Dama misteriosa, yo os ruego de todo corazón que me permitáis volver atrás. Me muero de miedo. Consiento en no casarme jamás. Volvamos atrás, por favor. *(Miranda hacia atrás)* ¿Estáis ahí, Hermano Juan? Te suplico que permanezcas muy cerca de mí. ¿Tienes tu espadón? Yo no tengo arma defensiva ni ofensiva. Volvamos, volvamos atrás.

HERMANO JUAN. *(Cogiendo a PANURGO por el cuello.)*—Aquí estoy, no tengas miedo. Yo te sujetaré por el cuello y ni dieciocho diablos te arrancarían de mis manos.

PANTAGRUEL.—Ten cuidado. Pater, no sea que casen también a los frailes y te desposen a ti con la fiebre cuartana.

(Van todos avanzando a tientas, sujetos como ciegos unos detrás de otros. Al cruzar el arco formado por la guirnalda se ilumina la puerta del bodega y se abre la puerta en donde está guardada la divina Botella, que sale llevada por cuatro pajes encapuchados.)

GRAN LINTERNA.—Al llegar aquí debéis guardar silencio. Ya no tenéis

posibilidad de volver sin antes haber obtenido la palabra de la divina Botella, pues vuestros zapatos están forrados de pámpanos.

PANURGO.—Sigamos, sigamos pues. Iremos de cabeza ante todos los diablos. No se muere más que una vez; pasemos adelante. Es cierto que el corazón me tiembla, pero es de frío y del relente de esta noche.

(Se ilumina el altar con la Botella.)

HERMANO JUAN.—¡Mirad, mirad lo que dice ese letrado en la fachada!: "En el vino está la verdad".

GRAN LINTERNA.—Disculpad que yo no pueda seguir adelante y que debáis vosotros solos obedecer las instrucciones de la gran Pontífice Babuc.

(Se oye música y se ilumina el altar donde está la Botella, Al mismo tiempo aparece la PONTÍFICE BABUC, con un pequeño séquito. Uno de sus acompañantes se acerca a la fuente de la plaza con una vasija y la llena de agua; luego va ofreciendo de beber a todos hasta dejar al fin la vasija en el centro, ante la Botella.)

PANURGO.— ¡Por Dios!, que este vino es el bálsamo mejor que en mi vida he bebido.

HERMANO JUAN.— ¡A fe de linternerero!, que este vino es bien vigoroso ¡Por Dios!, amiga mía, decidme ¿de qué manera lo hacéis?

PANTAGRUEL.—Me parece que es vino milagroso, pues lo imagino antes de beberlo. No tiene más defecto, sino que está frío; más frío que el hielo.

PONTÍFICE BABUC.—Bebed, una, dos, tres veces. Cambiando cada vez vuestra imaginación, le encontraréis del gusto, del sabor y del aroma que hayáis imaginado ¿Quién de vosotros es el que quiere obtener la palabra de la divina Botella?

PANURGO. *(Adelantándose.)*—Yo, vuestre humilde y pequeño embudo.

PONTÍFICE BABUC—Amigo mío, sólo tengo que daros una instrucción y es que cuando vayáis al Oráculo tengáis cuidado de escuchar la palabra sólo por un oído. Pero acercaos, pues antes es preciso que os prepare.

(BABUC viste a PANURGO con una capa blanca, le cubre con un gorro y le echa harina por la cara. Él da varios saltos y se dirige a donde está la Botella, que se ilumina con más fuerza. Suena el canto báquico, entonado por PANURGO.)

¡Oh, Botella misteriosa!

dime a la oreja

esa bella, prodigiosa

y venturosa

palabrita que te pido.

De ti está colgado mi corazón,

y de ese divino licor

que en tu vientre está guardado.

¡Oh, Baco de mil batallas vencedor,

y de toda verdad Señor!

Tu vino divino borra toda mentira
y disipa el engaño.
Danos alegría, hoy como antaño.
Dime pronto la palabra celestial
que guarda tu cristal,
Y te juro no verter nunca ni una gota.
Así sea blanca o tinta.

¡Oh, Botella misteriosa!
dime a la oreja
esa bella, prodigiosa
y venturosa palabrita que te pido.

(Concluida la canción, BABUC echa unos polvos en el agua de la vasija, que empieza a hervir con fuerza; suena un ruido y se oye una palabra: TRINC Al oírla caen de bruces los acompañantes del séquito de BABUC. Quedan perplejos PANTAGRUEL y sus compañeros.)

PANURGO.—Por la virtud de Dios, que esa Botella o está rota o rajada. Para no mentir, así hablan en mi tierra las botellas de cristal cuando estallan a causa del fuego.

PONTÍFICE BABUC *(Levantándose y tomando a PANURGO por el brazo.)*—Amigo mío, dad gracias a los cielos porque habéis obtenido la palabra de la divina Botella, la más regocijante, más aguda y más cierta que jamás haya oído en el tiempo que llevo en el misterio de su sacratísimo Oráculo. Levantaos, vamos al Capítulo en donde la glosa de esta bella palabra ha de ser interpretada *(Los lleva a todos en procesión hacia donde está la mesa central, Allí están ya sentados los jueces del Oráculo. En el centro hay un gran libro; al llegar la PONTÍFICE BABUC lo toma en sus manos. Lo llena de vino y se dirige a PANURGO.)* Los filósofos y doctores de vuestro mundo se alimentan por las orejas con bellas palabras. Aquí nosotros tomamos los preceptos por la boca. Por eso os digo: tomad este Capítulo, tragaos esta bella glosa. Vamos, abrid bien la boca,
PANURGO abre la boca, mientras BABUC LE vierte dentro el contenido de vino que había en el falso libro.)

PANURGO.—He aquí un notable Capítulo y una glosa bien auténtica. ¿Es esto lo que quería decir la Botella?

PONTÍFICE BABUC.—Nada más, porque TRINC es una palabra universal, celebrada y comprendida por todas las naciones, y significa "bebed". Se puede pasar sin vestido, pero no sin bebida. Nosotros creemos que no es el reír, sino el beber lo que es más propio del hombre. Y no digo beber simplemente, porque las bestias también beben; quiero decir beber vino bueno y fresco. Y si lo habéis observado, habréis visto que en la puerta del templo estaba escrito que en el vino está oculta la verdad.

PANTAGRUEL.—No es posible hablar mejor que como lo hace esta venerable Pontífice, y os digo lo mismo que os dije cuando me hablasteis

por primera vez. Puesto que el Oráculo nos dijo TRINC, trinquemos con el corazón elevado por el entusiasmo báquico.

PANURGO.—Bebamos, trinquemos. ¡Oh, Baco!, trinquemos.

(Todos beben mientras empieza la apoteosis final. Desciende por la cuesta el cortejo triunfal de DON CARNAL y DON AMOR. Van reuniéndose en torno a la gran mesa central todos los intérpretes. Dirigiéndose al público.)

Ya oísteis el Oráculo,
mi corazón me dice vehemente
que me veré no solamente
al llegar a mi tierra
bien casado,
sino que llena de calor y agrado
mi gran mujer acudirá al combate.
¡Por Baco, qué debate!;
yo os juro que lucharé mejor que ella
y que seré un excelentísimo marido.
¡Viva Pan!, ¡viva Pan!, ¡viva Pan!
¡Viva mi matrimonio!

Yo os juro que es este gran Oráculo seguro,
permanente, veraz, inteligible,
justiciero, fatídico, infalible.

(Suena la música más alta. Al final se juntan en el escenario los intérpretes de "Gargantúa y Pantagruel con los del cortejo de DON AMOR.)

* * *